

fue ni un "genio", ni un excéntrico, ni un rebelde, ni un incomprendido. Fue, por el contrario, el héroe de su época y de su sociedad a la cual se integró con asombrosa facilidad.

Evidentemente, si, un héroe... Así lo espero, sin insistir en ello. Quise escribir un libro en homenaje de un hombre y de sus empresas, empresas que durante 12 años asombraron al mundo. Dos actitudes me parecieron lamentables y por todos conceptos debían proscribirse. En primer lugar, afirmar que el hombre que así se lanzó al mar no pasó de ejecutante sin gran originalidad, pues los progresos de la ciencia y de la técnica le abrieron el camino y le facilitaron las cosas. Sin las carabelas, sin su velamen y timones de codaste, sin los instrumentos de medición para "orientarse", no habría podido triunfar. Todo esto es completamente inexacto y hace mucho que lo sabemos.

Otra manera, aún más perniciosa de minimizar la hazaña, consiste en buscar otro pionero a fin de probar que Colón no fue el primero en desembarcar en tierras al otro lado del Atlántico. ¡Cuántos esfuerzos para identificar o simplemente evocar al verdadero y anónimo descubridor, al piloto desconocido o al pescador de ballenas empujado por una tempestad a alguna costa transoceánica! ¿Existió alguna vez tal precursor? De ser así, ¿cambiaría algo, fuera lo que fuese? Colón sólo pudo tener noticia de tales cosas a través de confusos rumores, a los cuales, sin duda, no dio crédito. "¿Ladón de mapas?" Ciertamente no. Pero tal es el destino de los grandes pioneros, como bien lo dijo Alejandro de Humboldt. Ante los grandes descubrimientos ordinariamente existen tres actitudes: dudar de su realidad, negarles importancia y, por último, atribuirías a otro.

I. COLÓN — EL PERSONAJE

GALERÍA DE RETRATOS

"El ALMIRANTE era un hombre apuesto, de estatura más que mediana, de rostro alargado y mejillas bien definidas; ni delgado ni grueso. Tenía nariz fina y ojos muy claros; el tono de la piel también era claro (a veces un poco sonrosado). De joven tuvo cabellos rubios, pero encaneció a los 30 años de edad. En cuanto a bebida, manjares y ropa siempre dio señales de ser razonable y modesto."

Su hijo Fernando añade muchos detalles a ese tenor: ofrece un retrato de poco relieve, con generalidades que no aportan absolutamente nada y que no sale, en lo que en verdad interesa, de lo tradicional en las vidas de héroes o de santos.

De hecho, ninguno de sus contemporáneos—escritor o pintor—se atizó por dar un retrato de Cristóbal Colón medianamente auténtico. Para nosotros el hombre resulta desconocido por completo; más aún, un extraño. Así, cada quien puede soñar como mejor le parezca... Las imágenes que han llegado hasta nosotros—obras de composición literaria o imaginativa más que testimonios auténticos—son todas tardías y fueron forjadas después de la muerte del héroe por escritores que, en su mayoría, no lo conocieron y rinden plectesa a cierto género sin preocuparse mucho por decir la verdad. En todos esos retratos se perciben claramente el artificio o el encargo y, casi siempre, el deseo de exaltar virtudes extraordinarias en un hombre llamado a realizar elevadas hazañas. Otros se man-tienen dentro de una línea muy convencional e insulsa.

Como se comprenderá, este género hagiográfico—que durante siglos gozó de fortuna—no proporciona nada sólido.

La lectura atenta de textos más serios y contemporáneos—como el relato de sus cuatro viajes—también nos deja desesperadamente hambrientos. El propio Colón escribía rápida, abruptamente. Sumergido en la acción no tiene tiempo para observarse, lo cual resultaría ajeno a su manera de ser. Otro tanto podría decirse de los escasos compañeros que se refirieron (también muy apisa) a sus aventuras, sin cuidarse para nada de lo pintoresco, sin la menor consideración para los historiadores futuros. Por ello quedamos reducidos a realizar extraños actos de acrobacia para intentar reunir algunos datos cuya fragilidad, si hemos de ser sinceros, hace sonreír: recursos de buena voluntad pero bastante ineficaces.

Parafraseando y adornando—según su costumbre—el *Diario del primer viaje*, Las Casas nos ofrece una descripción del primer encuentro entre españoles e indios, que no ha perdido celebridad y se cita hasta en manuales destinados a niños de escuela primaria.

El gran número de indios que allí se encontraba quedaron embobados al mirar a los cristianos. Contemplaron estupefactos sus barbas, la blancura de su piel y su ropa. Se dirigieron a quienes llevaban barba y, sobre todo, al Almirante, al darse cuenta de que era el personaje de mayor consideración, porque sobresalía, por la autoridad que emanaba de su persona y porque estaba vestido de escarlata. Le tocaron las barbas con los dedos, y se maravillaron porque ellos no tenían. Contemplaron con gran aten-

ción la blancura de manos y rostros. Al ver su candor, el Almirante y los suyos complacientemente los dejaron hacer.

Es una escena muy bella del género idílico, evidentemente inventada, que recuerda a Juan Jacobo Rousseau o a Bernardino de Saint-Pierre. En todo caso, la imagen que pinta Las Casas contradice en algunos puntos la que se debe a Fernando Colón. Aquí aparece un hombre que se coloca en primera fila y es de gran prestancia; el color escarlata, rojo vivo de su vestimenta no responde en absoluto a la virtuosa modestia tan alabada por el hijo. En todo caso, un relato tan escueto no autoriza a representar al Almirante, como lo hizo cierto artista español hacia 1550, con los rasgos de un potentado barbudo, de piel y cabello negros como el azabache, de rostro grave, mirada severa y ricamente ataviado, como si fuera a tomar parte en la representación de algún drama de ambiente oriental o figurar en la comitiva de los reyes magos. Lleva gran capa forrada de armiño. Y no es esto todo: lleva sobre el pecho el collar del Toisón de Oro. ¡En esto quedaron convertidos el porte "modesto" y los cabellos rubios o blancos de que habla Fernando!

Ante la ausencia total del menor indicio, del menor reflejo de autenticidad, pintores y grabadores siempre encontraron, a fin de ejercitar su imaginación o su fantasía, para responder a los pedidos o al gusto de su época, y también a intenciones políticas más serias, un campo totalmente virgen. Les ha sido posible explatarlo, a veces sin sombra de discreción o de vergüenza, y proporcionarnos una magnífica galería de retratos.

Los responsables de la exposición de Chicago, consagrada en 1893 a Cristóbal Colón y al descubrimiento de América, pudieron, por consiguiente, ofrecer a los visitantes 71 retratos (originales o copias). Por supuesto, no existía entre ellos ningún parecido. Todos presentaban rasgos diferentes: tez clara o morena, e incluso acclinada; tipo mediterráneo (incluido oriental), o nórdico (dentro de la tradición de los más célebres bárbaros); rostro ovalado o alargado (a veces con perfil de directa herencia griega); una asombrosa colección de bigotes, algunos de los cuales mueven a pensar en nuestros antepasados galos; también barbas de todos los colores y cortes. Añadamos vestimentas, que van desde el hábito del monje franciscano de La Rábida, a los atavíos cortesanos más fantásticos y extravagantes, todo ello, ya se ve, perfectamente anacrónico.

Unos cuantos dibujos o pinturas de caballete han logrado retener más la atención debido a cierto aroma de autenticidad. Morrison, con cierta simpática ingenuidad, demuestra gran ternura por un cuadro pintado en 1520 por un artista cordobés, Alejo Fernández, para la confraternidad de marinos, armadores y pilotos de Sevilla. Se trata de una *Nuestra Señora del Buen Aire*, donde aparece una virgen muy joven y sonriente, que envuelve entre los pliegues de su capa a varios personajes arrodillados. Uno de esos hombres, a la izquierda, según se dice es Cristóbal Colón. Se trata sin duda de una seductora hipótesis, pero no tiene otra base que el suponer que el pintor conoció en su juventud al Almirante, el cual entonces residía en Córdoba. En 1520 ese encuentro había tenido lugar, por lo menos, 30 años atrás, y el propio Colón ya tenía 15 de muerto...

Otro retrato a menudo considerado "auténtico": éste, se afirma, fue pintado entre 1530 y 1540, o sea, aún más tarde que el anterior, para el obispo de Conno, Paolo Giowo. Este prelado, humanista y médico, había reunido una galería de retratos de hombres célebres en aquella época, descritos, por otra parte, en su

Elogio de hombres ilustres, publicado el año de 1551, donde efectivamente habla de Colón. Ahora bien, la colección de retratos de la galería Giowo compuesta e ilustrada en esa época, las *Musci Ioviani Imagines*, la cual reúne en cuatro gruesos volúmenes 130 grabados en madera con sus respectivos comentarios, asignan al Almirante un tipo físico e incluso una ropa (el hábito franciscano) muy diferentes a los de la pintura de caballete conocida hoy en día.

Haciendo a un lado todas esas fruslerías, el historiador que se niega a resignarse, a dejar el hueco tal y como está, sin duda puede dedicarse a imaginar, así sea en bosquejo, ya que no el retrato del propio héroe, al menos el de un hombre ordinario en aquella época en Génova o en cualquier parte de la Italia septentrional. Certo autor, a menudo digno de crédito (me refiero a S. E. Morrison, rendido admirador de su personaje) no pudo resistir la tentación y nos lo presenta en estos términos:

... Esbelto, bien puesto, pelirrojo, de faz encendida con algunas pecas, nariz de trazo firme, rostro alargado, ojos azules, pómulos salientes...

Tal poder de invención y de generalización encierra una gran responsabilidad: puede mover a admiración, pero también producir cierta estupefacción.

Reconozcamos, con toda modestia, que el tipo étnico del "genovés del siglo xv" sigue siendo para nosotros si no un total misterio, por lo menos una abstracción perdida entre las brumas del pasado. Un puerto mediterráneo adonde habían arribado de tiempo en tiempo oleadas de inmigrantes, donde a través de los años se establecían hombres venidos de allende el Piamonte o la Lombardia, de los cantones marítimos o montañeses del distrito o de las riberas, junto con gente de ultramar, constituía un crisol de pueblos por cuyas calles y barrios circulaban tipos humanos muy diversos.

Por ello, como sucede con tantos otros personajes célebres, cada época puede forjar su propia imagen, sus propios decorados, sus propias escenificaciones. A través del tiempo y según el país, las representaciones del descubrimiento del Nuevo Mundo hacen pensar un poco en las "reposiciones" en el teatro de obras nunca olvidadas, de éxito seguro, restrenadas según el gusto de cada época mediante adaptaciones e interpretaciones más o menos libres. Se cambian los decorados y el vestuario; se recurre a matices y acoirazaciones nuevos que responden a las preocupaciones del momento o contribuyen a imponer cierta manera de ver e interpretar.

Además de esta bella colección de retratos, donde abundan las discrepancias y la inventiva se caracteriza por la selección de diversos atributos, podemos también contemplar al azar en los libros o en las grandes composiciones pictóricas las numerosas vicisitudes de la leyenda colombina.

En primer lugar, durante el siglo xvii (e incluso más tarde) el descubrimiento y la conversión: el Almirante con atuendo cortesano, casaca entallada, gran sombrero, la ropa siempre adornada con cintas y encajes, desembarca en tierra desconocida; lo acompañan dos soldados con arcabuz al hombro; otros plantan una cruz en el suelo; un cacique —casi siempre el célebre cacique Guacamani, según afirman los textos explicativos—, acompañado de algunos salvajes más o menos desnudos, le lleva presentes de oro y plata: magníficas piezas de orfebrería ricamente labradas, cofrecillos, copas e incensarios, todo ello del más puro estilo europeo de aquella época. Otras veces se trata de escenas de carácter "político", como el arresto de Colón por el gobernador Bobadilla: de manera invulnerable, grandes y extravagantes tocados con plumas de avestruz y rutilantes amarras; el encuentro extraordinariamente cortés de dos gentilhombres cuidadosos

de su prestigio y de su imagen; sola, sobre una roca, una palmera pone una nota de discreto exotismo.

Parece que un poco más tarde surgieron las grandes composiciones "naturalistas", pinturas de sociedades primitivas, de estilo ya un tanto ingenuo y dularrón. Se representa, por ejemplo, el interior de una morada indígena: el español (invariantemente lleva sombrero) reposa en una hamaca, mientras en torno suyo mujeres y hombres desnudos y de magnífica musculatura realizan todo tipo de trabajos, casi siempre cerca de una fogata.

Vino después una larga y tradicional serie de bellas imágenes románticas donde la acción se sitúa (cambia el escenario) en la corte: recepción triunfal después del primer viaje, acogida que dispensan los monarcas... ¡y una invitación a comer! Conocemos bien esos decorados y los elementos en que generalmente se inspiraron: un hermoso palacio, enormes salones sobre un fondo de murallas y torres almenadas, alguna evocación de la Edad Media y también del África de Delacroix. Las escenas encierran grandes triunfos: vivos colores, oníflamas que resallan al viento, larguísima túnica ricamente forrada, algunos toques de orientalismo (no siempre discreto).

Por último, se impusieron, también durante largo tiempo, los rasgos (algo "suspiciousos") de un Colón servidor, ante todo, de la fe, de rostro sereno y larga cabellera, de idealizada actitud.

Todas estas imágenes —tan diferentes entre sí y a veces seductoras— que embellecieron nuestras lecturas infantiles y primeras lecciones en una época cuando aún se enseñaba historia, no ofenden a nadie. Mientras que todos los emperadores romanos, incluyendo a los de las últimas épocas, personajes bastante oscuros o a veces totalmente desconocidos, nos presentaban —*me venietur*— sus facciones esculpidas en mármol y la silueta de costumbre envuelta en los amplios pliegues de la toga, nuestro héroe "medieval" se presta a toda suerte de complacencias y sollicitaciones.

Y así, ningún testimonio contemporáneo impone a nuestros sueños una marca razonable. Pero ¿cómo y por qué habríamos de asombrarnos? Sin duda alguna el arte del retrato gozaba de asombrosa buena fortuna allá por 1500: en metal o en mármol (desde largo tiempo atrás), en monedas y medallas, en esculturas mortuorias; posteriormente, en pequeños cuadros de caballete, en grandes dipíticos o trípticos de santuarios y capillas, en los cuales el donante, de rodillas, ora a los pies de la Virgen o de su santo patrono. Conocemos, con diversos grados de aproximación y en ocasiones con ciertos toques de fantasía, el rostro de nuestros príncipes franceses o de los grandes adalides italianos, de *condottieri*, de hombres de letras y mecenas. Quizá el arte del retrato tardó más tiempo en echar raíces en España. Esas obras se debían sobre todo a la corte o, por lo menos, a aristócratas con medios para sostener dentro de su propio círculo familiar y cotidiano a cierto número de artistas a quienes les hacían encargos. Ni siquiera poseemos una galería completa de los *dux* de Venecia, y menos aún de los de Génova. En cuanto a los capitanes, eclesiásticos influyentes, magistrados de las grandes urbes, mercaderes ricos, sólo algunas pinturas (en diversos estados de conservación), gracias a un afortunado azar, nos devuelven aquellos rostros, si bien no siempre con gran fidelidad: se trata más bien de tipos idealizados, estereotipados que de verdaderos retratos. Citamos nombres, nos proponemos estudiar su buena

o mala fortuna, definir los rasgos de su carrera e incluso de su carácter, pero sin ver a los hombres.

¿Cómo imaginar las circunstancias, el momento favorable en el cual Cristóbal Colón, muy a menudo errante, muy discutido, a veces excluido de todos los honores, abandonado por la fortuna y la fama, hubiera podido mandar realizar y conservar los cuadros de un pintor, aun cuando no pasase de oscuro artesano? No tuvo oportunidad de hacerlo, sobre todo en los dos últimos años de su vida, sombrios y asediados de emboscadas, durante los cuales, si bien no le faltó dinero, dedicó todo su tiempo a hacer valer derechos ilusorios y a preservar los escasos frutos de sus grandes ambiciones. También carecemos de una imagen funeraria tallada en el mármol del sepulcro: el descubridor de América, el gran Almirante del Mar Océano fue sepultado con absoluta sencillez primero en un monasterio franciscano en Valladolid, de donde pasó a la Cartuja de las Cuevas (Sevilla) y, posteriormente a la Catedral de Santo Domingo. Mucho más tarde, después de la independencia de la isla, se creyó que su cuerpo había vuelto a España, pero, según parece, los restos que descansan en la Catedral de Sevilla son los de su hijo Diego. La estatua yacente no pasa de obra de invención, grandilocuente y, por supuesto, sin ningún valor documental.

COLÓN Y SUS HISTORIADORES

También resulta difícil definir la personalidad y el contorno psicológico de nuestro héroe, y sus orígenes se pierden en la incertidumbre. Sólo podemos juzgar al hombre por medio de sus obras. La famosa intimidad del historiador con su tema choera constantemente con gran cantidad de obstáculos insuperables. En este caso no tenemos ni diario íntimo, ni cartas de familia, ni correspondencia regular con los amigos (o con otras personas). Sólo disponemos de fragmentos dispersos. No nos llegó ningún libro o cuaderno de cuentas, preciosos documentos que permitían entrar al hogar, a la intimidad de la vida cotidiana, que proporcionan tanta información, tantos detalles al parecer fútiles pero indispensables para conocer el diario quehacer. Nos enfrentamos a un vacío total en todos los momentos de la vida de Colón. Decenas de mercaderes toscanos, venecianos o genoveses (algunos muy modestos) nos resultan infinitamente más accesibles y familiares que este héroe del Nuevo Mundo.

Ni amigos ni allegados dejaron algún testimonio preciso, con excepción de algunas alabanzas ordinarias, de carácter muy general. Colón, a menudo solitario —en todo caso, muy a menudo ausente— no experimentó fácilmente la necesidad de hablar de manera confiada y amplia de sus aventuras; ni siquiera tuvo ocasión de hacerlo. Algunos piensan que, por cálculo o por simple cautela, debía que sobre sus orígenes —y también sobre sus exploraciones ultramarinas— se cerniese la duda, una vaguedad que le servía de cómplice. Entre quienes vivieron cerca de Colón y tenían capacidad para describir sus hazañas de manera más o menos interesante, sólo poseían noticia de Andrés Bernaldez, cura de una de las parroquias de Sevilla, el cual, en el verano de 1496, seguramente escuchó confidencias y conoció un relato —hasta cierto punto completo— de la expedición de la primavera de 1494 a lo largo de las costas de Cuba. Pero Bernaldez —posteriormente escribió la célebre *Historia de los reyes católicos*—

se dedica de buena gana a proporcionar al Almirante una imagen a la vez edificante y dramática. A menudo insiste en su firmeza en medio de la adversidad y en el fervor de sus convicciones religiosas. Es sin duda una imagen interesante, pero realizada a base de amplias pinceladas y pocos matices. Lo mismo ocurre con Michele de Cuneo, también amigo de Colón, natural de Savona (cuya familia estuvo estrechamente ligada al padre del Almirante), el cual, con toda naturalidad, se deja llevar por la corriente de su simpatía.

Su vida nos la "cuentan" (éa es la palabra más apropiada) "interpositas personas", sin duda muy honorables, dignamente motivadas, pero por fuerza infinitas por su medio sociocultural y también, desgraciadamente, por sus particulares intenciones.

Los cuatro autores que nos proporcionan una especie de biblia de la epopeya colombina conocieron al Almirante, y tres de ellos viajaron y vivieron con él en las Indias Occidentales.

Barlotomé de las Casas se impone por su cultura, por su determinación, su evidente buena información y su apasionado interés por el Nuevo Mundo. Su padre y su hermano se encontraban en 1494 en la Hispaniola, entre los primeros colonos de la isla. Barlotomé fue el primer sacerdote ordenado en tierras americanas (1510); inicialmente fue gobernador de la Costa de las Perlas; más tarde y durante largo tiempo, obispo de Chiapas, en la Nueva España, en las elevadas mesetas que confinan con Guatemala. Bien se sabe con cuánto ardor se convirtió en apóstol y defensor de los indios, tanto en América como en la corte española. Ahora bien, inició su *Historia de las Indias* en 1527, pero en realidad la escribió después de su regreso a España, entre 1550 y 1563, en su celda del convento de San Gregorio de Valladolid, repleta de manuscritos, mapas, relaciones y documentos de todo tipo. Esta *Historia*, con información forzosamente de segunda mano cuando habla de los primeros tiempos del descubrimiento y de la colonización, es a veces trabajo de mero compilador, y, lo que es más, obra de un eclesiástico deseoso de convencer: se trata de un libro de interés muy general, en el cual intervienen toda clase de reflexiones. Los episodios de la vida de Cristóbal Colón, relatados (como bien puede suponerse) sin gran espontaneidad, siempre con comentarios (a menudo acertados) y, en todo caso, sin sombra de indignancia, se insertan dentro de una perspectiva bastante más amplia. Es la epopeya de la conquista y de la conversión al cristianismo, no la *vida* de un héroe.

La obra de Fernando Colón, es claro, pertenece a otro género. Es una apología y casi una hagiografía. A todas luces, él también era un apasionado del Nuevo Mundo. Este hijo natural de Cristóbal tenía 12 años de edad en su último viaje, el más peligroso y arduo de todos. Más tarde vivió algunos meses en Santo Domingo. Viajó mucho por Europa. Gran coleccionista, a partir de 1525 principió a reunir en su casa de Sevilla, a orillas del río y dotada de un jardín donde plantó árboles traídos de América, una extraordinaria biblioteca —más de 10 000 volúmenes— que legó a su muerte (1539) a la Catedral. Indiscutiblemente, Fernando era erudito y conocedor, pero él también escribió demasiado tarde, mucho después de haber ocurrido los sucesos que narra, ya en los últimos años de su vida. Añádase que su manuscrito salió a luz bastante después, en 1568. Sólo nos queda un ejemplar de esta obra: una traducción al italiano publicada en Venecia en 1571, cuyo título interminable (*Historie . . . nelle quali . . .*) ocupa varias líneas y cuya autenticidad a veces se ha puesto en duda. En todo caso,

es fácil imaginar las intenciones de este hijo cariñoso que colaboró con su padre y lo socorrió en momentos muy difíciles. Asimismo, se comprende que, heredero de su padre (no obstante su origen), paje del rey, funcionario que ocupó diversos cargos y a quien se concedió un título de nobleza, muy unido a su hermano don Diego (hijo legítimo), no haya procurado Fernando ni elucidar ni extenderse en la descripción del origen, evidentemente muy modesto, de sus antepasados.

El libro de Pedro Mártir de Anglería, italiano septentrional, humanista que sentía curiosidad por infinidad de temas, residente en España desde 1477, maestro de la Universidad de Salamanca a la vez que guerrero que luchó contra los moros en Granada, inspira bastante confianza: vivió siempre cerca de los soberanos y de todas las fuentes de información; trató íntimamente a grandes personajes de la nobleza; más tarde recibió las sagradas órdenes y diversos beneficios eclesiásticos, sobre todo en Valladolid. Se encontraba en Barcelona, en la corte, cuando los monarcas recibieron a Colón, ya de regreso de su primer viaje. En 1494, por lo tanto mucho antes que todos los demás, comenzó a escribir una cuidada relación del descubrimiento. Este *Orbo Novo*, en todo caso su primera parte, se publicó en 1511 y fue traducido al inglés en 1555. El libro, sin duda escrito concienzudamente, tuvo gran éxito. No obstante, por temperamento o por razones que no acabamos de comprender, el autor demuestra cierta reserva ante la figura del Almirante, habla poco de él y ni de lejos se esfuerza por colocarlo a plena luz.

Viene por último un guerrero y cortesano, el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés: familiar del infante don Juan antes de combatir en Nápoles, y 30 años en el mundo insular de los caribes. Esta asombrosa experiencia, unida a la de un buen marino (valiosa para nuestro propósito) inspira y fundamenta su *Historia general y natural de las Indias*, publicada en 1535. El libro aprovecha información de primera mano, y en lo referente a los viajes de Colón, el capitán Oviedo nos parece auténtico portavoz de toda una tradición oral, sin duda muy rica en aquella época pero bastante difusa, recogida en Barcelona (donde se hallaba él en 1493) y después en las islas, de boca de los primeros colonos. Sin embargo, sobre los orígenes del Almirante, no obstante sus cuidadosas investigaciones y lo que procuró indagar en Génova, no obtuvo ningún conocimiento preciso y jamás pudo dilucidar el misterio.

Éstos son nuestros cuatro fascinantes monumentos, de lectura fácil que excita la curiosidad, elaborados por hombres de gran valía, por testigos conocedores de su tiempo. Con todo, a decir verdad, son libros que se antojan un tanto débiles en lo concerniente a la vida propiamente dicha del héroe de esas aventuras. No se encuentra en ellos nada semejante a un capítulo de cualquier *Vida de hombres ilustres* dedicada a exaltar a sus héroes. En dichos libros el hombre se desvanece ante la epopeya, y debido a una irritante paradoja permanece en la sombra.

Ante ese misterio comprendemos la facilidad con que florecieron y murieron toda clase de hipótesis extravagantes. Puede decirse cualquier cosa a partir del momento en que el más sincero —o el menos comedido— de aquellos a quienes picó la curiosidad a lo sumo puede apoyarse en un puñado de indicios o de concordancias. Es preciso reconocerlo: la historia de un aventurero que en el transcurso de su vida por lo menos cuatro veces cambia de nación y va de aquí

para allá; la historia de sus orígenes muy celosamente oculta o embellecida andando el tiempo en medio de una aureola de leyendas, no encierra materiales para llegar a certidumbres "científicas". Por una parte, resulta preciso interpretar cabalmente los textos narrativos; por la otra, en la mayoría de los casos no existen documentos decisivos, irrefutables.

LA TESIS GENEVEZA

Así, Cristóbal Colón ha sido a veces liguor o a veces simplemente genovés, corso, catalán, portugués y, por último, judío de origen catalán, desterrado, refugiado en Génova y converso. Otros lo hacen venir de Grecia o de algún remoto país oriental; otros, más tímidos, lo suponen francés o inglés, o sabio alemán, astrólogo y cartógrafo.

La tesis genevesa llegó a imponerse. Se le puede considerar, si bien con muchas reservas, como la más verosímil, la menos "inventada", la más libre de apasionamiento y de intenciones ocultas. Aquí la retendremos sin vacilación ni reticencia; también —reconocámoslo— con cierta pasión pero sin disimular que no da respuesta a todo y que encierra misterios y sombras fugitivas. Aun así, cualquiera otra interpretación suscita todavía mayores dudas y se enfrenta, sin remedio, a cuestiones molestatamente inverosímiles.

Sea como fuere, la tradición genevesa es la que primero se afianzó y fue considerada indiscutible durante muchas generaciones. Así ocurrió en España desde un principio. Para todos aquellos que se hallaban en Barcelona al tener lugar el real recibimiento en mayo de 1493, y para quienes ese año o posteriormente conocieron en España al Almirante, estaba fuera de duda su origen liguor o genovés. Esto ocurre con Pedro de Anglería, en una carta que data de junio de 1493, una de las primerísimas en que se menciona el gran descubrimiento; con el obispo Gerardini, el cual se encontró con Colón durante el sitio de Granada (1492); más tarde, con su amigo Andrés Bernaldez, quien lo acogió en su casa de Sevilla después del segundo viaje; y con Angelo Trevisan, veneciano que lo frecuentó en España y que, sin discusión posible, lo considera genovés. De todos estos diversos testimonios nace una fama que, como puede suponerse, llega pronto a la ciudad liguina donde viven numerosos miembros de la familia Colón. Consideremos este hecho de gran valor probatorio: tres hermanos y tres sobrinos de Colón se ponen en seguida de acuerdo para que uno de ellos viaje a Castilla con el fin de ver al afortunado navegante. ¿Cómo explicar este viaje, auténtico, certificado en una acta notarial, si no es por la seguridad de pertenecer al mismo tronco familiar? Más aún, aseguran los interesados que se trata de su hijo. Cuando, un poco después, Diego, hermano de Cristóbal, llegó a Andalucía, nadie puso en duda que venía directamente de Génova.

Añádase que todos los cronistas geneveses hacen suya la hazaña: Battista Fregoso, perteneciente a la más alta nobleza, personaje muy influyente, *dux* de 1478 a 1483 y uno de cuyos parientes protegió en Génova al padre del Almirante, a quien no olvidaba. En sus *Memorias* —serie bastante desahogada de notas dispensas, provenientes, según afirma él, de 54 autores diferentes y agrupadas, más o menos, como lo hubiera hecho el historiador romano Valerio Máximo—, habla claramente del regreso (1493) a Castilla del Almirante, *compratróna* suyo, descubridor de nuevas islas y tierras más allá del Mar Océano. La obra se publicó

en latín, y no obstante sus muy desconcertantes características no ha dejado de ser una obra clásica de la historiografía genevesa. Siguen igualmente el mismo camino, sin ninguna reticencia, las mayores autoridades en la historia de la época: Antonio Gallo (*De navigacione Columbi*, 1506), Bartolomeo Senarega, cartulario (especie de escribano oficial) del Consejo de la República; Agustino Giustiniani (el más serio y célebre de todos ellos), toma el mismo partido en su *Compiación de los Salinos* (*Psalterium*, 1516) y 20 años después, en su *Arndi della Illustrissima Repubblica di Genova*, obra que maduró durante largos años gracias a minuciosas investigaciones. Estas alabanzas, perfectamente concordadas, dicen mucho sobre el orgullo y la prontitud con que Génova aceptó una paternidad que la honraba y que, por otra parte, según parece, nadie le discutió. Ni un solo documento tachó de farsa esta opinión unánime. En cierta forma, se hace del Almirante el portestandarte de la marina genevesa, el símbolo de una audacia extraordinaria, de un espíritu de empresa enteramente conforme a la tradición de la ciudad y a sus grandes hazañas del pasado. En unos cuantos años, apenas terminada su obra, su figura prócer domina la historia genevesa y se impone como verdadero héroe.

El propio Colón proporciónó en dos momentos de su vida —en circunstancias solemnes— indicios de su origen liguorino. El 23 de abril de 1497, cuando obtuvo de los Reyes Católicos autorización para instituir un *mayorazgo* en favor de su hijo, a fin de garantizar mejor su herencia y asegurar la posteridad de su descendencia, afirma sin ambages:

... Para el servicio de Dios Todopoderoso, para la instauración de mi linaje y recuperación de los servicios que he rendido a Sus Altezas; habida cuenta de que nací en Génova y de que vine aquí a Castilla a servirlos y que descubrí en beneficio suyo al poniente la tierra firme de las Indias y de las islas que abajo se mencionan...

Este texto encierra, además, dos obligaciones que no sólo afirman una vez más su origen genovés sino que dan testimonio de su deseo por renovar lazos y por conservar más allá de la muerte esa ciudadanía. Quiere, por supuesto, que en esa ciudad siempre se le conozca y honre, y declara que sus herederos deberán ayudar a que alguno de los Colón de Génova viva decentemente, de manera que por lo menos una persona de ese apellido mantenga casa en la ciudad, y añade para que dichos herederos habrán de encargarse de alguna parte de la deuda pública célebre *Casa di San Giorgio*, a la cual a menudo se le ha dado el nombre de Banca de San Jorge, también en Génova, desea que se depositen sumas destinadas algún día a servir a la conquista de Jerusalén, causa de la que se considera campeón. A lo cual cabe añadir otras dos señales de apego y de indiscutible confianza: una casa en la ciudad y fondos depositados en *San Giorgio*.

En otra ocasión, mucho tiempo después, en agosto de 1505, en vísperas de su muerte, al redactar no precisamente su testamento sino un codicilo referente al mencionado mayorazgo, hizo una lista de legados:

A algunas personas de Génova a quienes deseo que, tomado de mis bienes, se les entregue todo lo que aparece en esta Memoria, sin añadir ni quitar nada, y de tal manera que no sepan quién es el donante.

Estos dos bellos textos —al parecer decisivos— por supuesto fueron motivo de controversias puestas que sólo se cuenta con copias. El importante documento relativo al mayorazgo, desde un principio causó conflictos entre los herederos españoles del Almirante y otros varios pretendientes que vivían en Italia. En un principio se conservó en un cofrecito en el monasterio de Las Cuevas (Sevilla), y sin duda desapareció cuando ocuparon el castillo de Simancas las tropas de Napoleón, las cuales usaron toneladas de documentos que acomodaban en las cuadras para que sobre ellos se echaran los caballos. En los fragmentos que han logrado rescatarse se comprueba la real confirmación del mayorazgo. Se trata de un hecho cabalmente auténtico, pero, por desgracia, menos claro sobre una cuestión esencial, pues no reproduce punto por punto todos los términos del documento en cuestión.

HIPÓTESIS Y CONTROVERSIAS

Todo lo anterior a lo sumo proporciona una vaga idea de las infinitas disputas y controversias que se han suscitado a propósito de cada uno de los documentos atribuidos a Colón, de todas las copias y traducciones (a veces utilizadas tardíamente). Para desenredar la madeja y cortar todas las cabezas del monstruo harían falta libros enteros donde se reficieran las peripecias de alborotadas investigaciones, capaces de desanimar a quienes no sostengan —a lo largo de desmesurados esfuerzos que rinden escaso provecho— una aviesa afición a la polémica. Todos los documentos colombinos españoles tienen una historia compleja, llena de lagunas, sorpresas y repercusiones. En eso consiste el encanto de las investigaciones “medievales”, el destino inevitable de quienes se dedican a ellas, el juego que se ha de jugar cuando se desea captar más o menos de cerca una realidad tan tenue y “olvidada”. Es una bisqueada de tesoros en las encrucijadas de un dédalo, a través de innumerables legajos polvorientos, de difícil lectura e interpretación, dañados por el paso del tiempo.

No es eso todo. Cristóbal Colón —héroe de una colosal aventura que trastornó la faz del mundo y lanzó a la Europa cristiana a la conquista de inmensos imperios— ha suscitado muchísimas envidias y ambiciones. Al cabo de largo tiempo de historia relativamente serena, a partir de los años treinta del siglo XIX, pero sobre todo durante la segunda mitad de ese mismo siglo, la historia ya no se dedica exclusivamente a glorificar (o a censurar) a los soberanos, sino también a exaltar o a combatir a los pueblos; se confiesa intranquente, rebajada a la categoría de simple instrumento de una propaganda nacionalista y patriótica. Suscita pasiones y elabora florilegios al gusto de cada nación. Por ello, sin duda, se ha sentido fuertemente la tentación de anexarse a ese gran hombre de raíces tan poco firmes en su suelo natal, y de despojar de su figura a la pequeña república genovesa. A la tradición de la escuela ligurina se opone toda clase de tentativas portuguesas y, sobre todo, españolas. Con furor iconoclasta, cada autor aporta sus “pruebas” a fin de demoler un edificio ya viejo, y compromete su honor para descubrir —a veces con razón— inverosimilitudes y absurdos. De ahí proviene una literatura de características extraordinarias donde la ficción lucha contra la razón en ininterumpido oleaje. Franceses y alemanes, mal de su grado ajenos a esta lid, aportan argumentos inspirados en reflexiones partidistas, en posiciones y prejuicios sistemáticos. Sin cesar aparecen en esta batallola de escritos, rectifica-

ciones o invenciones, las salpicaduras y los espumarijos sórdidos de una crítica intemperante. Los escritores más originales o más porfiados sobrevivieron durante largo tiempo —y aún sostienen— que Colón fue o catalán, o judío, o ambas cosas.

Generación tras generación, todas estas hipótesis se han enfrentado a glosas y exégesis interminables, a interpretaciones asombrosamente audaces que jamás se detienen ante los más absurdos tanteos. En el transcurso de tales confrontaciones, las conclusiones más aventuradas, nacidas de aproximaciones sutiles o accidentales, fácilmente se engren en artículos de fe. Se juega con las palabras, se rebuscán significados ocultos, se describen supuestos acertijos, se arguye con semejanzas que no pasan de mera casualidad. Casi todas las teorías mencionadas, expuestas por plumas de primera categoría, se han apoyado en infinidad de lugares comunes, en afirmaciones erróneas de medio a medio, y toman por esencial lo que en realidad es accesorio o fortuito.

Incluso el apellido Colombo ha suscitado una gran polémica y proporcionado ocasiones muy a propósito para que fértiles imaginaciones se ejerciten a su sabor. Salvador de Madariaga, dueño de cierta pasión épica y de gran capacidad para convencer, estudia detenidamente las diferentes formas y los cambios de ese apellido: de Colombo a Colomo, Colom y Colón (enumeración que sirve de título a un capítulo del libro a que nos referimos, realizado a paso veloz...). De tales nexos y de la evolución del vocablo, el autor saca diversas conclusiones pléyóticas de consecuencias. Ahora bien, cualquiera con alguna experiencia en los documentos de aquella época, oficiales o privados, sabe que con desconcertante facilidad cambiaba de una línea a otra la ortografía de los patronímicos, en especial cuando el amanuense se sentía autorizado o solicitado a abandonar la forma latina y adoptar la vulgar. Hay un autor que sin empacho habla de encuentros, también muy significativos, entre diferentes personas de apellido Colón: el de Italia, los de Cataluña o Valencia, e incluso un corsario francés. Se trata de una lista donde caben muchos. Aquí también todo se reduce a meros artificios y razonamientos especiosos. El apellido, como tantos otros, se había extendido bastante por todo Occidente adoptando ligeras variantes, todas provenientes de la misma fuente latina.

El ejemplo más notable de estos asombrosos tinglados se encuentra, sin duda, en la teoría judeocatalana, de la cual se convirtieron en denodados campeones Henri Vignaud, quien hacia 1913 se declaró enemigo acérrimo de la tesis genovesa; posteriormente, en 1939, C. E. Nowell; y, sobre todo, a partir de 1950, Salvador de Madariaga. Para estos historiadores Colón descendía de una familia judía barcelonesa, la cual, expulsada en 1390, se refugió en Génova. Esta teoría presenta la ventaja de conciliar bastantes tendencias diversas y de tratar con miramientos, susceptibilidades y vanidades. Para Madariaga, escritor apasionante y de gran talento, el criterio adoptado de antemano sobrepasa las ambiciones de un simple nacionalismo y se coloca en el seno de una amplia teoría que quiere exaltar el papel que en esa época desempeñaban los conversos, es decir, los judíos convertidos al cristianismo. Así, aparecen en gran número e influyentes en el gobierno real y en el eclesiástico de España; en la Inquisición, de la cual fueron muy activos partidarios y agentes; en la banca, en el comercio en gran escala y en grandes empresas capaces de despertar verdadero interés. Cristóbal Colón, transformado en judío catalán converso, encaja perfectamente en este especial punto de vista. Sin embargo, la teoría descansa en indicios muy débiles, jamás concluyentes, en un haz de presunciones y amalgamas.

Una teoría así resulta insostenible para quien examine los argumentos que propone y, sobre todo, tenga conocimientos sobre el medio genovés hacia el año de 1460. ¿Cristóbal Colón de origen judío? Según Madariaga, esto se apoya en dos hechos. Por una parte, los rasgos misteriosos de su firma inspirada en ciertas fórmulas cabalísticas; y, por la otra, el nombre de pila de su madre, Susana. El propio Almirante explicó su firma en diversas ocasiones, y conviene observar en esta cuestión cuando manifiesta su fe en una misión divina: afirma que se trata de trazos perfectamente cristianos, señal de su devoción a Cristo. El nombre de Susana —poco común, es verdad, en Génova y quizá también en todo el Occidente— no era desconocido y recuerda, por un lado, a la casta Susana y a aquellos ancianos de que habla el Antiguo Testamento; también recuerda a Santa Susana, virgen martirizada en Roma en 1295. En varias de las familias nobles genovesas —Lomellini, Dona, Spinola, entre otras— había esposas e hijas llamadas Susana. En cuanto a los Colombo, no es posible pasar por alto que Domenico, padre de Cristóbal, dio a todos sus hijos varones nombres inequívocamente cristianos: Cristoforo, Bartolomeo, Giacomo y Giovanni-Pellegrino. Este último nombre evoca en especial cierta religiosidad muy particular. En primer lugar, se relaciona con San Juan Bautista, patrono secundario de Génova, en cuyo honor una cofradía muy influyente mandó construir una magnífica capilla en la Catedral entre 1450 y 1465. Sobre la devoción a San Peregrino se sabe menos, pero sin duda tiene raíces en una indiscutible tradición cristiana oriental. Conocemos dos santos de ese nombre. Uno de ellos, probablemente hacia el año 250, durante largo tiempo cuidó enfermos y vivió como ermitaño en Jerusalén. Más tarde se reunió con su padre en Occidente y vivió con él cerca de Foggia en una ermita solitaria. Ambos fueron honrados como patronos de la ciudad. Otro Peregrino, llamado Niccolò *el Peregrino*, de origen griego, patrono de Trani, recorrió todo el sur de Italia convocando multitudes para que se unieran a la Cruzada, clamando y cantando por doquier como entonces solían hacerlo muchos monjes inspirados: *Kyrie eléison!* Muró frente a la iglesia de Santa María de Trani en 1094, y fue canonizado en 1098 por Urbano II, el Papa de la Cruzada, precisamente en el año en que los ejércitos cristianos avanzaban hacia Tierra Santa. Decir que esas preferencias, en especial la última (Giovanni-Pellegrino) demuestran en los Colombo de Génova un apasionado interés por cierto tipo de mística y por las peregrinaciones al Oriente, así como por la reconquista de Jerusalén, sería inclinarse demasiado hacia el lado de las coincidencias y suponer en Domenico, padre de Cristóbal, intenciones de las que sin duda careció. Pero, a la inversa, imaginar reticencias y rarezas en esta materia también parece del todo fuera de lugar.

Todos los demás argumentos de Salvador de Madariaga aparecen como meras hipótesis, como ideas lanzadas al aire. Al hablar de Domenico Colombo, tejedor de paños de lana, escribe con sin par desaire que "en todo el mundo mediterráneo el oficio de tejedor era entonces ocupación predilecta de los judíos". La afirmación produce asombro si se piensa en los millares y millares de talleres donde se tejía lana en las ciudades y en los campos de Italia. En todo caso, en Génova no se encuentra el menor rastro de que un solo judío se haya dedicado a tal labor. Era una industria fundada —y bien controlada durante mucho tiempo— por comunidades, congregaciones y cofradías de laicos que vivían bajo el mismo techo, siempre en contacto con religiosos que se daban el título de *hinnikiati*. Estos llegaron de Plascencia y Milán para instalar en Génova los primeros

talleres y proporcionar así a los pobres y humildes tejidos a mejor precio. Los monjes representaron siempre un papel muy importante en este tipo de trabajo. Una pequeña comunidad de tejedores, entre los cuales se contaban los Colombo, vivía y trabajaba a la sombra del gran convento benedictino de Santo Stefano.

Era fácil —y no se privaron de ello los sostenedores de la tesis "catalana" o "israelita"— encontrar en el Levante español, en aquella época, un buen número de Colones judíos, cristianos o conversos: en Barcelona, en Zaragoza, en Valencia y, sobre todo, en las islas (especialmente en Mallorca). Era un apellido tan frecuente que las homonimias no significan nada (y otro tanto podría decirse del mero sonido de los vocablos). Por supuesto, nadie piensa en negar el rigor de las persecuciones contra los judíos desencadenadas en Cataluña en 1390, ni las graves consecuencias de su éxodo masivo hacia Italia. Pero ¿adónde fueron precisamente? Ni siquiera se ha esbozado el estudio de esta otra diáspora. En la historia de Génova jamás se ha afirmado que la ciudad hubiera acogido a esos infelices. En todo caso, en los años 1490-1498, justo cuando se realizaron los grandes viajes de Colón, los genoveses recibieron muy mal a las víctimas de la persecución ordenada por los reyes católicos; podría decirse que simplemente los devolvieron al mar. Aun suponiendo que la mentalidad y las reacciones colectivas hubiesen sido muy diferentes un siglo antes, ¿se hacia 1390, ¿podría decirse que esos judíos se convirtieron incontinenti? En verdad no. En numerosas ciudades italianas había importantes colonias israelitas firmemente establecidas, en las cuales conservaban sus creencias y costumbres atávicas. Ahora bien, hacia 1450, es decir, en el decenio correspondiente a la infancia de Colón, no encontramos en la ciudad alguna ni siquiera un judío reconocido como tal; en ningún momento surge de esa enorme cantidad de documentos asombrosamente ricos en información un nombre que suene a judío. A diferencia de Marsella o Venecia, en Génova no hay ninguna colonia israelita. Los tejedores y orfebres son genoveses, y también los médicos; los cambistas, empeñeros y usureros venían del Piamonte, de Asís o de Chieri. Por consiguiente, hasta la idea de una familia judía, conversa o no, establecida en Génova por aquellos años, sólo puede provenir de una audaz inventiva y de un total desconocimiento del contexto social genovés.

Sin duda alguna, la hipótesis genovesa —o, mejor dicho, ligurina— parece ser más juicosa y satisfactoria.